

CUENTOS DE PARÍS

EL HERMOSO INFELIZ

...
Todas las tardes, como un fiel devoto, visitaba en Florencia la Plaza de la Señoría, y bordeando el Arno, paseaban invariablemente por el “Ponte Vecchio”. Cerradas las pinacotecas y museos, nada más agradable al espíritu que, en las tardes veraniegas, tibias y apacibles, ver los últimos chorros de luz que van ascendiendo en los pedestales del “Perseo”, del “David”, del “Rapto de las Sabinas”, con lentitud, como si al dejar de iluminar aquellos mármoles y bronce, el sol se entristeciera.

Y nada más encantador que discurrir a la vera del río de malaquita derretida, con los ojos semi-abiertos, evocando a nuestra Beatriz lejana, en el mismo puente por donde pasara la otra inmortal.

El amigo Gabriel detuvo el paso en la “Loggia dei Lanzi” y contemplaba el “Perseo” de Benvenuto Cellini, yo me di a admirar, al pie de la escalinata arcaica, la figura gigantesca, toda blanca, jocunda y bella del “David” de Miguel Angel Buonarrotti, cuyo original resguardado de los vientos, las aguas y las miradas beocias de los turistas, vive como un monarca o un Dios en la Galería de Arte Antiguo y Moderno.

Estudiándolo con ferviente atención, dije a mi amigo:

Es más hermoso que “Perseo” y que “Meleagro”; es más fuerte, más varonil e imperioso. Y él me contestó:

Pero le falta gracia. En su gesto hay una altivez que está por encima de la humanidad; domina, pero no sugestióna, se hace admirar, pero no querer. Es como esos seres que pasan por el mun-

do asombrando a todos con su belleza radiante y su talento sin provocar jamás una pasión duradera.

Diríase que a este joven formidable, ecuánime y fríamente bello, Miguel Angel le hubiera inyectado su espíritu genial al propio tiempo que su amargura infinita y orgullosa.

—Es que yo no veo ningún dolor en ese rostro de salud y dominio.

—Cierto, pero ese vigor potente, la hermosura de esos ojos sin luz, la perfección de su testa y sus músculos científicamente exactos, son ajenos al amor, porque el propio Miguel Angel no supo engendrarlo.

En cambio, sube, acércate a ese grupo todo ritmo, gracia y nobleza. En el cuerpo de "Perseo" palpita una llama, en esa boca hay el imperio a la vez del espíritu y del sexo; esos ojos tiene imán, esa frente ensueño; y en la mano brava que sostiene la cabeza trágica de Medusa, se adivinan ayuntadas la caricia y el castigo. Un genio distinto los creó: A David el genio de la idea; a "Perseo" el genio del amor.

Callamos ante el prodigio de bronce como queriendo ambos arrancarle el secreto de su vida y de su inmortalidad.

En la "Loggia dei Lanzi" se fue la última cinta luminosa.

La tarde se adormecía, y los florentinos deslizábanse con una suavidad por aquel arcón de maravillas que tienen por techumbre un zafiro lúcido.

—Vamos al Arno, —dije.

Gabriel me siguió. Cada uno de nosotros iba ensimismado. Pasamos lentamente como por una vía de ensueño, por la Galería Uffizzi ante la doble fila de portentos italianos que han visto sobre sus pedestales pasar un mundo: Galileo, Lorenzo el Magnífico, Leonardo, Ariosto, Orcagna, el Giotto... Frente a Miguel Angel volví a la tierra.

Gabriel continuó:

—Hay bellezas supremas que no tienen el secreto misterioso de conmover los corazones, como "Junone" como el "Apolo", del Salón de Belvedere, como la "Flora Farnesio".

—¿Y considerarás este hecho como una inferioridad artística?

—De ninguna manera, quizá sea lo contrario: todo depende del criterio que juzgue. Algunos artistas se hacen admirar con res-

peto, otros con cariño. Y el cortejo que pasa, unas veces se inclina a los primeros; otros a los segundos.

* * *

Así en la vida, hombres hay que vinieron al mundo con todos los dones; la hermosura, talento y nobleza, y sin embargo no tienen el sortilegio divino de hacerse amar; bellezas desgraciadas que llevan tras sí las admiraciones del pensamiento y de los ojos, sin causar una pasión, que es el bien de todos los bienes. Bellezas solitarias que acariciaron sin producir entusiasmo, que dieron un beso sin dejar un temblor, que cruzaron el sendero levantando aplausos sin sembrar un recuerdo ni marcar una huella; seres infelices que murieron sin jamás conocer el amor de los amores, el amor de sacrificio y éxtasis, el amor avasallante que hombres y mujeres deben sentir para tener derecho a afirmar que han vivido bien la vida.

Un amigo nuestro fue así, varonil, inteligente^a apolíneo, simpático, elegante y desdichado sin par.

—Sabás Rey?

—El mismo. ¡Pobre Sabás! Cuántas veces, después de su muerte, añorando al gentil amigo, me pregunté con rebeldía: —Por qué tamaña crueldad del destino con un hombre como él? —¿Misterio ancestral? —¿Defectos graves, pero desconocidos del alma? —Culpas hereditarias?

—Yo tengo mi verdad sobre estas cosas, que podrá no ser la verdad, pero es la mía y con ella me quedo.

—¿Cuál?

—Después te la diré; ahora voy a contarte algo que ignoras sobre la vida de Sabás Rey.

—¿La causa de su muerte?

—Sí.

—La infelicidad de aquel hombre venía de lejos, pero la llevaba recóndita. El mundo le creía dichoso y él dejaba rodar la irónica mentira, para no agregarse esa otra desgracia más: la de ser compadecido.

Yo supe poco antes de su muerte los secretos que le minaban el corazón; él mismo se confesó conmigo, allá en la espléndida México, la noche del baile famoso en la Legación Argentina.

—¿Recuerdas?

—Recuerdo la desaparición violenta de ustedes, pero la atribuí a propósitos droláticos provocados por el perfume de los escotes y la magia del champagne.

—No. Pasó lo siguiente: Yo charlaba con el embajador de España sobre cosas de su admirable solar, con el entusiasmo hispanófilo que me conoces, cuando tocándome el hombro y presentando excusas al diplomático, Sabás me llamó aparte.

—Necesito que me acompañes inmediatamente.

—¿Adónde?

—Afuera.

—¿Estás enfermo? Le pregunté nervioso, mirando su gesto frebrecitante.

—No... Sí... acompáñame, ven.

Salimos con premura. Cuando se nos perdió la cauda alegre de la fiesta, al trasponer los linderos del palacio y nos encontramos en la soberbia "Calzada de la Reforma", el buen camarada se echó en mis brazos a llorar con pena contagiosa.

—No llores —le dije—, no llores, hermano, dime qué tienes, cuenta. Y contó:

—Acabo de saber que Bertha me engaña con su antiguo prometido... ¡Es una infamia que yo no merezco! —¿Verdad Gabriel? —¿Qué daño la hice? —¿Qué prueba de ternura no la he dado? Trabajé siempre con ahinco, pensando siempre en el futuro hogar, donde fuera reina y señora. Nunca la inferí agravios. La adoraba... la adoro a pesar de su traición.

—¿Traición?

—Esta noche, después de reiterarme sus juramentos amorosos, le he sorprendido con Santiago: al amparo del bullicio salieron al jardín y en el kiosco frontero a la baranda los vi que se besaban... sentí miedo, vergüenza y un horrible pesar. ¡Dios mío!, ¿Bertha también?

Todas, Gabriel; todas me engañaron. No sé lo que es ser amado. ¡Entiendes esto! ¡Comprendes lo que significa! Pero dime: ¡Qué tengo de innoble o repulsivo que choca a las mujeres.

—Oh, no, al contrario.

—Pues entonces, —¿por qué esta crueldad inexplicable de mi suerte?— qué hay de maldito en mí desde que vine al mundo?

—Perdóname Gabriel, te hablo fraternalmente, con absoluta inmodestia: tengo fortuna, juventud, nombre viejo y estimado, poseo una figura hermosa, lo sé, me lo han dicho siempre, lo veo todos los días; soy bueno, jamás deliberadamente causé ningún mal, soy sano, activo, me llaman hombre culto y espiritual, mis camaradas me quieren, la sociedad me busca y me regala... y sin embargo, todas las mujeres a quienes quise, me engañaron o se engañaron.

Blanca, mi primera novia, con profunda pena me dijo un día: —“Perdona Sabás, creí amarte, pero estaba equivocada”.

Luisa, la amante graciosa, la que dijo “idolatrarme” hasta el delirio porque fui su redentor, la mujercita que adoré con fuego, una noche que la esperé inútilmente, me mandó decir en carta breve, que habiendo comprendido *que yo no podía quererla* me dejaba en libertad, segura de que muy pronto se disputarían mi belleza las mujeres.

—¿Conociste a María Inde?

—¿La esposa de Blane?

—Sí, pues bien, fuimos amantes.

—¿Sí?...

—Sí, no siendo yo quien solicitara sus favores, sino ella quien viniera a mí, buscándome, acercándose, insitándome de manera avasallante, hasta que un día cansada de esperar una declaración de mi parte, que nunca llegaba, se me declaró entre lágrimas y desbordamientos eróticos.

Al principio no la quise; pero al cabo de un idilio desbordante, aquella linda mujer me conquistó, cuerpo y espíritu.

Después, el frenesí de nuestra vibrante aventura la cansó?

—¿Me transformé yo mismo para ella? No sé; la verdad es que al cabo de tres meses, la llama viva se fue apagando, apagando, dejándome la triste certidumbre de que provoqué en María un deseo, pero no un verdadero amor. Le gusté físicamente, pero no supo mi alma conservarla. También ella me engañó. —Y ¿con quién imaginas? ¿con su marido! Después de todo, es el recurso de las mujeres casadas que dejaron de amar a sus amantes. Fui como el mensajero de paz entre ambos. Quizá desde entonces estima y quiere definitivamente a su esposo. Yo no hice sino revelarle que vivía equivocada, causándole un bien y haciéndome un mal.

Y así otras que también me lastimaron...

De Ivonne, aquella *mîdinette* de París, que todos creían profundamente enamorada de mí, su madre me decía cuando murió:

—¡Pobre chiquilla, más vale que haya muerto sin saber la desgracia que la acechaba!

—¿Cuál desgracia, señora?

—Que su prometido René murió en la campaña del Mediterráneo hace dos meses. ¡Tanto que se querían! Ella lo esperaba siempre. ¡Pobre Ivonne!

Y yo me repetí con hondo desconsuelo: ¡Pobre de ti, Sabás Rey; ni las muertas te perdonan!

Por último Gabriel, cuando creía haber hallado la compañera de mi alma y de mi vida, la que con su gracia y honestidad soñaba yo que diera aliento a mi fe burlada; cuando me alegré del perjurio de las otras porque sus liviandades me hicieron llegar hasta Bertha; cuando el ciego e incorregible corazón cantaba aleluyas con regocijo infantil, me asesta la mujer su golpe final, el más cruel porque es el último.

La voz de Sabás era áspera, su palabra lenta y precisa, y en sus ojos muy abiertos y vagos, no sé qué misterio vi que después me ha explicado el drama final.

Todo el mundo ignora la verdad de su muerte: tú mismo, Pablo, estoy seguro.

Sabás murió a consecuencia de una delicada operación quirúrgica; eso dijeron los médicos.

—Lo cierto fue que su mal era serio pero no desesperado; que su curación dependía más del reposo y voluntad del propio paciente que de la eficacia de los doctores los cuales fueron expertos y diligentes con el pobre Sabás.

Familiares, enfermeros y sabios lucharon tenazmente contra la muerte y resultaron vencidos no por una enfermedad sino por un suicida.

El anciano médico de cabecera, le dijo un día acariciándolo:

—Hijo mío; a mí que te quiero tanto, ¿dime qué tienes? Algo escondes, sufres, lo siento, lo adivino, qué pena es? Ahógala y sálvate.

Sabás nada respondió; se puso a llorar sin ruido.

Después cuando entré a verle, le recordé los buenos días, le aseguré un radioso porvenir, una vida de actividad y ensueño.

—Ya triunfarás —le decía—, ya encontrarás la mujer que te comprenda y te salve.

El hermoso Sabás nada replicó, dibujando sólo un gesto de irónica tristeza, y cuando en el colmo de mi doliente afecto le dije: Cúdate, cúrate, vive, es necesario que vivas, debes vivir. Sabás Rey me respondió con esta frase suicida:

—¿Para qué?

* * *

Siguiendo calle arriba por el Lugarno llegamos a los parques del Cachine. Los paseantes regresaban de los amplios y románticos jardines, florentinos, en meditativo talante. El sol escondíase entre las colinas de esmeralda y la luz se opacaba muy a paso... El Arno parecía dormir y soñar en leyendas y glorias pasadas, y allá lejos, aupando la ribera, en el balcón eminente del jardín, el grupo escultórico con que los florentinos se honraron al honrar a Miguel Angel, perfilaba en su cielo de añil, las enérgicas líneas de David y las curvas impecables de los mármoles que harán eternas las tumbas de los Médicis...

* * *

—Esta historia de Sabás Rey afirma mi teoría.

—¿Cuál?

—La de los incapacitados hereditarios para el amor:

En efecto, seres hay en la vida que no pueden hacerse amar: los que nacieron de padres que no se amaban. No los engendró el cariño, sino el deseo: vinieron al mundo fríamente, por cálculo, como producto de un contrato mercantil o por inercia conyugal empapada de aburrimiento, pero no fueron procreados en la conjunción de besos sublimes.

La sangre que llevan pudo formarlos fuertes y bellos, pero no les dio la gracia suma del divino sentimiento. La mujer que cree

amarlos, al cabo de penetrar en el fondo de sus espíritus, no encuentran en ellos el rayo misterioso que ilumina la intimidad de los enamorados.

Cuántas veces, y quizá por esta causa, los hijos del pecado, los que fueron concebidos furtivamente en instantes de ansiedad y exaltación, son los elegidos, porque su savia y sus almas, creadas en momentos de frenesí, palpitan con fuerza, vibran al menor reflejo emocional, saben al propio tiempo transmitir sus impresiones e inspiran simpatía.

La sociedad los repudia, pero los acogen las mujeres. La falta de sus padres los pone al margen del honor convencional de nuestro mundo injusto, pero la misma herencia cordial que llevan dentro de sí mismos, los hace dichosos, porque las caricias que reciban serán sinceras, y el sentimiento que engendren será potente como el que los engendró a ellos.

También los hijos de un hogar honesto, los que llegaron en aras de un vigoroso anhelo, lleno de entusiasmo y esperanzas los que fueron concebidos primero en el pensamiento y después en la carne; los que han sido ilusión antes de ser realidad; los que entraron a la existencia por la puerta de oro doblemente victoriosa del Bien y del amor; los que desde pequeños al pronunciar las santas palabras "madre" y "padre" pudieron decirlos con orgullo y libertad; los que fueron procreados sin lujuria, pero con devoción, con un cariñoso afán de formarlos buenos y cariciosos los que antes de ser forma y espíritu fueron mirada romántica, lágrima de ternura, tímida voluptuosidad, compenetración íntegra del alma y de los cuerpos en la cámara íntima convertida en templo... esos seres serán bienaventurados.

En cambio, los otros, llevan el estigma invisible y fatal del desencanto. El talento, las riquezas, la buena educación, el genio mismo, no serán en ellos cualidades bastantes para provocar una pasión definitiva, se diría que son víctimas de una herencia morbosa, peor a veces que las enfermedades físicas.

Si nacieron en un lecho frío —¿cómo pueden ellos irradiar calor?

Yo creo estas cosas, Pablo, y fundado en ellas, pienso que Sa-

bás Rey conociendo instintivamente su mal irremediable, prefirió la muerte a una vida sin amor.

* * *

A la mitad del "Ponte Vechio" frente al busto de Benvenuto Cellini, el artífice pendenciero y galante, con el cuerpo todo espiritualizado por la hora y el ambiente, agradecidas las almas de vivir un mundo donde existe una ciudad que se llama Florencia, contemplábamos los vetustos muros patinados que lame el Arno con sensual parsimonia, cuando una música lejana, clara y dulce hizo vibrar nuestros nervios.

Los bronces del "Campanille" del Giotto cantaron siete veces...

Inédito, París, 1916.